

La isla Tierra Tierra

Gonzalo Rodas Sarmiento

Tercera parte: Las historias de Fabián

El niño Fabián

Hay una habitación que antes me daba terror. Es igual que cualquiera, pero creo que una vez me asusté por una sombra que parecía persona. Después, nunca quise entrar de nuevo.

En cambio, en la pieza de jugar, siempre se está contento. Muy contento, como para cantar. Pero, todavía recuerdo lo que me pasó esa vez, cuando no vi un hoyo que había en el suelo y caí al primer piso, y en este sector la casa no tiene escala.

En el primer piso hay un pasillo que tampoco me gustaba. Como lo veía lleno de puertas, me daba miedo de que saliera alguien desde alguna de ellas. Nunca salió nadie, pero eso no quería decir que no pudieran venir algún día.

La rabia estaba prohibida en esta casa, y parece que en toda la isla. No sé quién es la persona que se instaló para poner reglamentos.

A veces siento un barullo que no logro sofocar.

Desde muy niño me ponía a imaginar que cerca de mi casa había un inmenso castillo, fortaleza de paredes altas, rodeado de un foso de cocodrilos. Y cuán lindo sería mirar por alguna cerradura para ver cómo son los habitantes. Hasta alcanzaba a ver, aunque de lejos, una ventana de ese castillo. Y unos niños jugando contentos al otro lado de esa ventana.

Una vez salí de mi casa, para ir al castillo. Y me pilló la lluvia, estando sin paraguas. Ahora lo uso siempre, aunque no llueva.

Me molestaban por ser amigo de una niñita. Traté de que nadie se diera cuenta. Ella se llama Lázara. Otro niño más grandote, agresivo molestaba a Lázara. Le tiraba las trenzas, la hacía llorar. Yo la consolaba y trataba de que el otro no la molestara. "Si intento pegarle", decía yo a mí mismo, "salgo perdiendo, y queda de manifiesto mi derrota, y el castigo sería peor para Lázara".

Hasta hoy, ocurre a veces que me pillan con Lázara, y entonces me ponen al lado de la ridícula, una disfrazada extraña. Los disfrazados, a veces son confundidos con personajes distintos. Salir disfrazado es casi lo mismo que quedarse en la casa.

La princesa olvidada

Entre cada cucharada de sopa, yo escuchaba el cuento del príncipe y la princesa. Quien me lo estaba contando era Anunciación. Es así como se llama la nana de mi casa. Tuve que aceptar la comida porque el relato me estaba entreteniéndome.

Ella me explicaba hasta los más pequeños detalles de cada escena. Describía cada una de las flores que, según ella, estaban expuestas encima de sus tallos. Imaginé las flores como las del jardín de mi abuela, y hasta creí ver una luz invisible que las flores emitían.

No sé cómo funciona dentro de la mente eso de recibir un cuento, pero me llegaba hasta muy adentro el amor que unía al príncipe y a la princesa del reino vecino. Según Anunciación, ellos nunca se veían, ni tampoco se les permitía estar cerca.

En ese entonces, yo admitía sin reservas que pudiera producirse ese grado de amistad entre dos personas que no se visitaban. De todas maneras, la nana me explicó que en ese tiempo ni siquiera se pensaba que pudiera haber ordenadores, tal como existen ahora.

Al escuchar la narración, yo seguía adornando los acontecimientos, imaginando las cosas, un poco más allá de lo que Anunciación me contaba. Siempre me ha gustado descubrir algo que se esconde entre los asuntos que me cuentan. Es así como lo necesito.

-El príncipe y la princesa vivían encerrados cada uno en su palacio -siguió contando la nana.

Imaginé que yo era el príncipe, encerrado en un castillo, dentro de una fría mazmorra, detrás de duros barrotes de fierro. En cambio, la princesa estaba en una habitación y, en vez de puerta, tenía varias delgadas columnas de seda, adornadas con hilos de oro. Unos feroces guardias no permitían acercarse a ella.

-¡Fabián, abre la boca! -exclamó Anunciación.

La abrí todo lo que pude, como dando fuerza a mi decisión de salir libre. Al mismo tiempo, quería seguir escuchando el cuento.

En mi prisión, quise tener una lupa para agrandar los espacios pequeños. Con su ayuda, podría salir libre a través de algún diminuto agujero. Después, me pareció que eso era demasiado fácil. Supuse que el rey me pondría más dificultades y obstáculos. Claro que sí.

Mi celda estaba oscurecida por un sol negro que proyectaba mi sombra clara sobre el suelo de piedra. Me aferré a ese único trozo de luz, que se movía conmigo, sin dejarme solo. Estaba convencido de que esa claridad me ayudaría a ser libre.

Era grandioso ese momento en que yo me escapaba de la cárcel. Salía desde una caverna que estaba en el fondo del mar. Ya no me bastaban las puertas y agujeros. También salí desde el agua, con fuerza hacia la playa, montado en un caballo marino.

-¿Los caballos marinos tienen herraduras? -pregunté.

-¡Come y calla! -respondió Anunciación-. Si te vas a poner a pensar en cualquier tontera, mejor no te cuento nada.

-¡Cuéntame! -exigí, a pesar de que un caballo marino no es ninguna tontera.

La nana siguió hablándome del rey, con su corona y su capa roja. Para mí, era como tenerlo ahí mismo. A medida que continuaba el relato, tuve que asumir que

todavía yo estaba tras la reja. Y al otro lado, podía ver al rey con un manojo de llaves en su mano.

Una enorme y peligrosa araña se estaba acercando al rey. Entonces, me saqué un zapato y lo estrellé con toda mi fuerza contra el asqueroso animal. Era un bicho negro, con largas patas. El hombre de la capa roja me miró asustado primero, y agradecido después.

-Fabián, no estés tirando zapatos en la pared -volvió a interrumpir Anunciación.

En ese momento, yo estaba muy ocupado en salir a buscar a mi princesa, corriendo por senderos y puentes, antiguos y nuevos al mismo tiempo.

-Fabián, bájate de la mesa.

Así transcurría mi hora de almuerzo, día tras día.

Fue pasando el tiempo y ya no recuerdo cómo terminaba ese cuento del príncipe y la princesa. Quizás Anunciación no lo alcanzó a completar.

Aún así, nunca he dejado de buscar a la princesa, que vive prisionera en un reino remoto. Eso sí, después de unos años, ya aprendí a no subirme arriba de las mesas, ni de los sillones.

Humedad en la muralla

Me sorprendo al ver dos hilos de agua que bajan por la pared. ¿Alguna cañería rota...? No... Son flujos de lágrimas que parten desde los ojos del retrato de mi abuela. Siempre me llamó la atención la sonrisa de tristeza que ella muestra. Murió hace años. Y ahora..., ¿su retrato se pone a llorar? ¿Cómo saber qué intenta decir? ¡Ah...! Puede ser por mi tío Hernando.

Tomo el teléfono y lo llamo.

De encierros y libertades

No sé cómo llegué a estar prisionero. ¿Lo olvidé? ¿Nací de esta manera? Siempre miro hacia adelante, y veo el inmenso ventanal, imposible de traspasar. Incluso, intenté el truco de pasar por debajo, pero no resultó. El vidrio llega hasta el suelo. Ni por arriba, ni por los lados, ni por ninguna parte pude ingresar al mundo exterior, el novedoso.

Caminé hacia mi izquierda, buscando la ansiada apertura, hasta que mi mundo actual llegó a su límite. Comprendí que tendría que ir por el otro lado. Di media vuelta y me fui por donde había venido. Pasé por el punto de partida y me seguí alejando muchos metros, hasta llegar a una especie de precipicio.

Por una escala muy empinada bajé hasta el nivel inferior, pensando que ahora sí, tendría que haber una pasada. Fue inútil. No la había. Volví a mi mundo, cada vez más oscuro.

Por lo menos, recordé algo de mi vida, cuando aún no caía en la prisión. Sí, en una oportunidad no encontraba la llave de mi casa. Se quedó adentro cuando cerré. Le había puesto tantas protecciones a la puerta, llaves, candados, cerrojos y trancas, para

que nadie pueda entrar sin mi permiso. Tantas fueron, que yo mismo me quedé afuera. Un día, ya no pude entrar más a mi casa.

Después de eso, recordé cuando estaba viviendo en una casa ajena. Como un huésped de paso, sin saber de dónde venía, ni cuándo había llegado, talvez pocas horas antes. Tampoco podría decir cómo llegué a esa casa. Me sentía bien y en paz. Nadie me molestaba ni yo incomodé a nadie, como en tácito convenio. La gente que siempre vivía en esa casa no alternaba conmigo. Su hospitalidad era casi fantasmal. Me gustó mirar los retratos, muebles y antigüedades vigentes que enlazaban esa casa conmigo mismo. Vi cómo una botella de base cuadrada y largo cuello se inclinó respetuosamente y dejó caer su contenido en una copa estilizada.

"Mañana lloraré de sorpresa", me dije, aquella antigua vez, y también lo digo ahora, aunque no sé cómo será eso. Esa duda de hoy es la que alimenta el asombro que vendrá.

Aquella vez comprendí que debía irme dentro de poco tiempo, pero no sabía dónde. Tal como pienso también hoy. Y eso es todo lo que recuerdo.

Y ahora, acá..., un gran muro se levanta ante mí y no me deja pasar. Me acerco a la puerta de vidrio irrompible, cerrada por fuera con siete llaves y un candado, además de la tranca superior y la tranca inferior. Y eso no es todo. Tiene además un pestillo, una aldaba y un picaporte. Me pregunto cómo saldré de aquí. He intentado en vano romper la puerta.

Ni siquiera soy como todas aquellas personas que no pueden salir de día. Tampoco son libres. Están encerradas y no se las deja asomarse. Tienen algo que decir pero no pueden. Durante la noche, cuando todos duermen, esas personas salen de su relegación. Viven. Se meten por todas partes. Juegan todo lo que no han podido jugar. Se disfrazan. Se corretean. Disfrutan. Juegan a asustar a la gente. Se cambian unas por otras, cuando están a punto de ser descubiertas. Son muy desordenados. Conversan y recuerdan cuando estaban guardadas. Se preguntan cómo será esa vida de vigilia, tan rara y olvidada. Concluyen que no tienen acceso a esa oscuridad del día.

Muchos deben creer que me he estado entreteniéndome durante toda mi condena.

Hacia un costado, y bien alto, está la pequeña trampilla por donde me llega el aire que me envían. Me subo, poniendo mis pies en las pequeñas salientes de las piedras, que como improvisados escalones me llevan hacia ese pequeño orificio cuadrado. Me afirmo con mis manos en los barrotes para no caerme. Afuera está la gente divirtiéndose. Los niños deslizándose por los toboganes, o recorriendo las calles en bicicleta, o simplemente en los escaños besando a las niñas. Cantan, ríen, saltan y se expresan con una facilidad tan increíble que desde acá percibo cada una de sus vibraciones.

Necesito bajarme de ahí, ahora, con urgencia. Por las mismas piedras conocidas, llego de nuevo al suelo. Me doy vuelta completamente y miro hacia atrás, porque no quiero seguir viendo esa pared que cree comunicarme con el mundo. Surge otra realidad muy distinta. Por extraño que parezca, en este lado no tengo límite alguno. Sólo veo las paredes laterales que se extienden hasta el infinito. Todo el espacio entre ellas se abre para mí. Puedo caminar, correr, a gran velocidad. Estoy obligado a hacerlo, porque es mi única escapatoria posible. Avanzo así durante horas, días, semanas. Es un camino que me pertenece. Mi prisión ha quedado atrás. El mundo se me empieza a abrir. Me lleno de expectativas.

Una vez, entablé amistad con un caballo blanco que se me acercó, el cual me permitió montarlo. Entonces, se me ocurrió la solución a mi problema. Llegaría al mundo nuevo por el lado de atrás, dando toda la vuelta al planeta. Eso era una gran idea. Cabalgué días enteros, y sólo le daba descanso al animal durante las noches. Se me anduvo aburriendo tanto, que hasta me habló. Y me convenció que todo su esfuerzo no iba a valer la pena cuando llegáramos al océano. Nos volvimos. Muchos días después ya estábamos de nuevo frente al vidrio. El caballo me contó que él ya estuvo al otro lado en una oportunidad. Casi me morí de envidia. Un simple caballo no podía superarme así. Le exigí que me dijera cómo lo había logrado.

Después de mucho hacerse rogar me dijo que cerrara los ojos y pensara en ese mundo que me atraía tanto. Pero, que lo hiciera con mucha fuerza. Con una enorme cantidad de energía. Que concentrara mis ganas de estar al otro lado.

Así lo estoy haciendo. Y aunque todavía me falta fuerza para superar el obstáculo, por lo menos ya tengo la certeza de que lo lograré.

Me pongo a caminar, correr. Estoy llegando a la vida, al conocimiento, al amor. Sigo corriendo. Mi destino no puede estar lejos. Al final del pasillo hay una luz que me indica la salida. Le pongo atención y llego finalmente al campo abierto. Soy libre. A la distancia, hay un letrero. Me acerco y lo leo. No puedo evitarlo, pues las letras son para leerlas.

“Prohibido pisar el prado”, es lo que dice. Una pequeña limitación para acordarme que estoy en libertad. Otros letreros empiezan a desplegarse. Necesito leerlos. “No cortar flores”, “No entrar”, “No virar izquierda”, “Prohibido estacionar”, “Dirección obligada”, “No botar papeles”, “Acceso restringido”, “Cerrado por reparaciones”, “Sólo para mayores”, “Cuidado con el perro”.

Si no me hubieran enseñado a leer, sería libre.

Hacia cualquier otro lado, mi panorama es tan deprimente como lo son las casas oxidadas y otras feas y precarias construcciones. Es que no estoy ni siquiera en algún lugar histórico, sino simplemente en un suburbio inhóspito.

Decido cambiarme de mundo. Parece tan fácil como avanzar, tratando de no pensar en todo lo que dejo atrás. Pero, la cosa no puede ser tan regalada.

Frente a mí se ve un hermoso parque. Predominan las tonalidades verdes y amarillas. Una mujer atrayente, disfrutando la naturaleza, es el centro del paisaje. Concentro mi vista en ella, y entonces parece acercarse. Hasta da unos pocos pasos de ballet. Es un mundo atractivo el que se me presenta así, en forma gratuita, contrastando con el mundo en el que yo acostumbraba a estar.

Veo una plaza de juegos. Tiene un gran letrero anunciando los derechos de los niños:

"Todos los niños y niñas tienen los mismos derechos. Tener un nombre digno, y pertenecer a la nación. Ser comprendido y amado. No ser sometido a crueldad ni explotación. Ser prioridad para socorro en situaciones de emergencia. Tener comida, vivienda, acceso a la salud, juegos y actividades recreativas, así como también educación y oportunidades para su pleno desarrollo. Y aprender la amistad entre los pueblos".

El descubridor de personajes

Salí muy temprano a recorrer la isla, porque necesitaba descubrir caracteres que fueran, a la vez, típicos e insólitos.

Al primero que vi fue al gigante. Un hombre que medía más de dos metros de alto, y también de cintura. Era imposible no verlo. Me di cuenta de que el hombre no lo pasaba bien.

-Soy el que pongo la cara -me dijo el gigante-, y me tratan como a la más baja servidumbre.

Este coloso daba buenos consejos, pero la gente no le hacía caso. Traté de ser amable con él, pero se sintió incómodo.

Tuve que seguir mi camino. Un poco más allá vi a la anciana quejumbrosa. Una mujer que se preocupaba más de lo acaecido en otras islas, que de los sucesos de acá. Me atajó para conversarme agitadamente, llena de material nocivo. Hasta lloró de rabia. También traté de ser amable con ella, pero en cuanto pude me fui de ahí. No quería seguir escuchándola.

En la cuadra siguiente estaba el jardinero del sector, regando el manzano..., con jugo de pera. Puse tal cara de extrañeza, que el tipo tuvo que explicarme cuáles eran sus intenciones.

-Hasta fui a reclamarle al proveedor de la semilla -se lamentó-, pues yo compré semilla de árbol frutal, y quiero que dé peras.

Le hice ver que un poco más allá él tenía un magnífico peral, a punto de secarse.

-Sí, pero las peras que dio eran chiquitas -respondió-, y cuando se lo dije al árbol ése, se empezó a secar. ¡Así, no sirve!

Me despedí del jardinero, y seguí mi camino. Un par de cuadras más allá, estaba el heladero. No me vio porque es ciego, pero me sintió pasar.

-No logro vender un simple helado -me contó sus penas-, ni siquiera en los días de más calor, ni cuando salen los niños del colegio. ¿Qué está pasando?

No supe responderle, ni tampoco se me ocurrió comprarle un helado, aunque hubiese sido uno de agua. En eso, llegó Lázara a buscar al ciego. Ella lo cuida con ternura y entrega gratuita.

Metros más allá, había un camión estacionado. El trabajador municipal había descendido de él, y estaba fumando un cigarrillo de descanso. Para ello, se sentó en un desvencijado sillón, que alguien puso en la vereda, como el desperdicio de la semana. Cuando el hombre terminó de fumar, tomó el sillón con la fuerza de sus brazos, y lo echó arriba del vehículo. Se subió, echó a andar el camión, y se fue.

Decidí dar por terminada mi búsqueda del día. Por hoy, ya tenía un pequeño mundo para comenzar.

Diario de un hombre trastornado

Día 1

Este es mi primer día de reclusión por una supuesta enfermedad mental que no reconozco. Me tienen encerrado como un animal, sin ser menos que cualquier persona. En realidad, llegué hace ya algún tiempo, pero éste es el primer día en que

puedo escribir. Me costó varias sonrisas conseguir un lápiz y un cuaderno. Lo logré, gracias a que me hice muy amigo de la enfermera. Ella es bastante seria, pero en el fondo es buena persona, y además se da cuenta que yo no soy peligroso, y que no me voy a enterrar el lápiz en un ojo, ni tampoco se lo haría a nadie.

Abriré y cerraré muchas veces este libro testamento. En él pondré mis vivencias que todos considerarán anormales. Puedo escribir más libre, sin temor al rechazo, porque ya fui rechazado. No podría tener miedo de que me digan que soy loco, pues ya me lo han dicho. No me importa ser tan distinto. En el fondo, soy extremadamente original.

No recuerdo en qué fecha estamos. ¿Qué importancia tiene? Sé que es invierno porque tengo frío y afuera llueve.

Día 2

He tratado de hacer amistad con otros, cuando estamos en el patio. No es fácil. Me parece que nadie quiere ser amigo de nadie. Cuando vamos al comedor les converso a los que se sientan cerca, pero me miran raro como si yo viniera de otro planeta. Están todos muy metidos hacia dentro, menos los dos de la mesa del fondo. Uno joven que ya no le queda mucho pelo, y otro de más edad, que casi no tiene dientes. Estos dos se ríen todo el día. Yo encuentro bueno que se ríen de las cosas graciosas, pero no les basta. Cuando me senté con ellos, una vez, se rieron de mí todo el rato, y hasta las cosas más dramáticas les causaban risa.

Día 3

Parece que hiciera una eternidad que estoy aquí, y ya necesité ampliar mis horizontes. Es por eso que hace algunos días me filtré hacia el sector de las mujeres. Lo logré sin que se dieran cuenta los enfermeros. A mí, pueden decirme que estoy loco, pero jamás me volveré tonto.

Tuve que entrar en aventura porque se estaba poniendo muy aburrida mi manera de vivir. Hasta le hablé a una pasajera, recluida como yo, pero con cara de alienada. Intenté contarle que no soy del interés de nadie, según me he dado cuenta, y que además, en mi sector nos obligan a acostarnos temprano, y eso me da rabia. No me contestó ninguna cosa pero alcancé a ver que ella anda trayendo una antigua foto arrugada, de cuando era linda.

No quiero contar en qué forma fue posible mi fuga. Es que si alguien lo lee, se me terminaría para siempre mi senda secreta.

Día 4

Vicky no se comunica con nadie. Su nombre lo adiviné al verlo escrito en la foto. Sé que ella siente y se da cuenta de las cosas, y que puede alegrarse y entristecerse, aunque no se note. Además de la foto anda trayendo un Rouge y lo cuida mucho, pero jamás lo usa. Comprendí mi razón de estar en este hospital psiquiátrico. Dios me puso aquí para dar un poco de felicidad y amor a esta mujer, y sanarla. La amo.

Día 5

He visitado a Vicky varias veces en las últimas semanas. Le cuento todas mis cosas, que no son muchas, y las repito siempre. Ella no dice nada, pero me escucha

desde su mundo lejano. Puedo decirle lo que quiera, y sé que no se va a molestar. A veces me he atrevido a hacerle insinuaciones, y le recito unos poemas de amor que aprendí de niño y que nunca he olvidado. Lo más fabuloso es que la he hecho sonreír, por primera vez, después de muchos intentos. Me ayudó la primavera, que ya está en todo su esplendor.

Día 6

Ayer me metí en la cama con Vicky. Después de mucho tiempo de vernos a escondidas, esto es lo mejor. No hacemos nada, simplemente estar juntos y compartir el aire. No es cualquier aire. Todo su entorno tiene algo de ella.

Día 7

No sospecho qué antiguo sufrimiento hay en Vicky, ni quién tendrá la culpa. Ella no me ha hablado aún ni una sola palabra. Hoy lloró por primera vez y me dejó la camisa llena de sus lágrimas. Después se durmió y así la dejé, en su cama, y me escabullí hacia mi sendero escondido.

Día 8

Fui sorprendido en la cama de la Vicky. Esto me significó que me llevaran a una humillante celda de castigo. Ella quedó desesperada, abriendo unos enormes ojos. Nunca la había visto así.

Día 9

Me vigilan. Hace muchas semanas que ya no logro ir a ver a la Vicky. Estoy esperando que la oportunidad se produzca cuando el enfermero se aburra de estar siempre cerca mío cada vez que salgo al patio. Sé que Vicky me ama, aunque no me lo ha dicho, pues nunca dice nada. La veo de lejos en el patio, a través de unas rejas, y trato de encontrar su mirada perdida.

Día 10

Vicky ha muerto. Ahora están todos enloquecidos en este hospital. Eso me facilitó invadir secretamente el sector de las mujeres. Fui a la pieza de la Vicky, y ahí estaba su cuerpecito blanco y frío. Pienso que talvez necesitaba irse. Tomé el Rouge que ella tanto quería y le pinté los labios. En eso me pilló un enfermero, y fui a parar nuevamente a la celda de castigo. Ya no me importa. Lo único que me duele es que no veré más a Vicky, y no alcancé a sacarla del silencio.

Día 11

Hoy fue el funeral. Hubo una misa en la capillita, que afortunadamente está en el lado nuestro, así que no me fue tan difícil llegar. Le llevé a Vicky una rosa roja que me robé. Casi me echan de ahí, pero un pariente de Vicky me salvó. No son muchos sus parientes, ni recuerdo que la hayan visitado, tampoco. Cuando fui a comulgar, el cura se negó a darme la hostia. Entonces le dije “¿Te crees el dueño de Dios?”. Me enfurecí como un energúmeno y le rasgué la túnica. Me sacaron de ahí en camisa de fuerza, mientras yo gritaba “Cura desgraciado”, y me llevaron a la celda de castigo. Entonces, lloré y lloré, hasta que me dormí.

Día 12

Vicky vino a verme a mi pieza. Estaba linda, como en la foto. Le di su Rouge, y ella misma se pintó los labios. Me sonrió, y se fue sin decir nada.